

Aurelio Maroto

En las escuelas de Nefalí y Beño los pupitres aún olían a posguerra. Eran los duros cincuenta, una década donde la represión del Régimen se había relajado pero con el *boom* económico aún lejos, y más en La Solana, un poblachón grande y atrasado en el que saber leer y escribir era cosa de ricos o de audaces. Josefa López de la Reina era una más de las cientos de mujeres analfabetas dedicadas a trabajar y a criar hijos. Sin embargo, le gustaba contar las letras. Pedro Julián Díaz-Cano era un agricultor de a pie, pero que inculcaba los números a sus hijos para ajustar los carros de uva. Ambos formaban un matrimonio que alumbró siete hijos, cifra corriente para la época. En ese ambiente de sótano y



El último sastre

Un borrico de plancha y una mesa de cortar. Sobre ella, tijeras, cartabón, reglas y metros, más diecisiete cortes de traje y una pieza de forro. Además, dos viejas máquinas, una Singer Alfa y una Refrey para coser. Así comenzó su primer negocio en solitario Julián Díaz-Cano López de la Reina, el último sastre.

dispensa, de caldillo de mediodía y de acarreo constante nació Julián, el segundo día de Navidad de 1948.

Por entonces, la vida comercial en La Solana era lo que era, casi residual en

dio sus primeros pasos, aunque de forma somera “no sabía ponerme el dedal y me ataron el dedo para coser”. Ya era un adolescente cuando se fue a la sastrería de *Francisquito*, frente al actual Casino “La Unión”. Era 1964 y allí permaneció dos años, hasta que se marchó con *Carmelo Kiko*, en la calle Pacheco, donde trabajó hasta 1968.

La aventura madrileña

Fueron nueve años de aprendizaje donde el joven Julián conoció las bases de una profesión apasionante pero mal pagada e incluso mal vista “un sastre nunca ha sido valorado como lo que es, un artesano”. Era la víspera de los 70 y los tiempos comenzaban a cambiar, incluso en La Solana. Pero Julián era capricornio “tenemos fama de inquietos y nerviosos, y yo lo soy”. Por eso cogió la maleta y se marchó a Madrid, donde la vida avanzaba mucho más deprisa y las posibilidades eran infinitamente mayores.

Llegó a la capital más solo que la una, se instaló en una céntrica pensión en la



Julián Díaz-Cano, al fondo, con su grupo de costureras en los años 70.